

Los lunes sin ladridos

Todos terminamos por desarrollar un cáncer o una discrasia sanguínea. Al final, a ello se resume el perecer lento de nuestras vidas: poco a poco algo en nuestro interior se altera, muta, nos arrolla, se adueña del dolor visceral que perfila todas esas experiencias que hemos vivimos y nos fulmina. Un tumor puede ser una idea que de repente se expande incontroladamente y condiciona el punto de vista a partir del cual damos nitidez a la rutina. Puede que un día, al despertar, comprendas la obra de arte que viste en la exposición del mes anterior y a partir de ese momento el mundo se torne como algo más bello. También puede ser el amor (ese amor humano ridículamente dulce y anhelado por las comedias románticas de Holliwood), esa sonrisa sin sentido o las mariposas revoloteando en las tripas. A veces, un tumor es el odio que surge entre un pueblo y su patria cuando ésta solo sabe responder con injusticia.

O una proliferación descontrolada de células neoplásicas en la glándula mamaria: este era el caso de Kenia, la perrita mestiza de pointer (y, digamos, cualquier otra raza canina de caza) que habías adoptado para mí hace ya diez años.

Recuerdo de un modo difuminado y con un ligero tono sepia el día en que apareciste con ella entre tus brazos; en su respirar de cachorro se palpaba una tranquilidad casi imposible, su diafragma se movía con la exactitud de una rima consonante, e incluso diría que el aire que salía de sus pulmones susurraba poesía. Kenia nos daba la bienvenida, decía “queredme” con su gruñido, porque por suerte para los adultos, los niños y los animales quieren a quienes les quieren, sin ese egoísmo superfluo que suele invadir nuestras relaciones.

Acariciaste su cabeza anaranjada casi con temor, y la llevaste hasta mis manos. “Es tu compañera a partir de ahora” dijiste, y yo supe que habías elegido las palabras adecuadas, porque nunca poseí a Kenia ni quise hacerlo: lo único de ella que me perteneció fue el amor que nos unía. Después me contaste su historia, tan triste como muchas otras de las que pueblan calles y perreras. Perrita de caza abandonada por presentar cojera, al parecer crónica, de la pierna derecha. Miedo osteodistrófico sin fundamentos. Crueldad, sentenciaste al terminar de relatarme lo que la protectora animal te había contado.

Probablemente tú si me entiendas, pero hay gente que a lo que yo llamo amistad lo denominan “antropocentrismo”. Nada más lejos de la realidad si a ellos los llamo inconscientes. No es su culpa, por supuesto, pero quien no ha tenido una mascota jamás será capaz de comprender ese otro grado de felicidad que se comparte en los parques mientras dos cachorros juegan, o cuando llegas a casa después de un día horrible y el cascabel de un gato tintinea para recibirte, o cuando lloras y la cabeza de tu perro se ladea hacia ti para tratar de explicarte “no sé que ocurre, pero quiero estar contigo”.

Ya sabes de sobra todo eso porque tú también lo has vivido. Han sido muchos años compartiendo cama y ruido por los pasillos. Cuánto nos ha visto querernos Kenia, ¿verdad? Que felices éramos paseándola por las avenidas del centro, parque Oeste hacía arriba, mientras tú me dabas una mano y con la otra sostenías su correa verde. Un día (no sé si lo recordarás aún) la muy traviesa te hizo su jugada maestra: se acercó a ti para que la acariciases con su mirada irresistible y, aprovechando el despiste de tus manos, rompió a correr sin que tuvieses tiempo para reaccionar y

sujetar con firmeza la correa. Cómo nos reímos después de perseguirla casi medio kilómetro a través de la hierba...

Que sencilla era la alegría por aquel entonces.

Últimamente he rebuscado en los cajones para buscar nuestras fotografías, esta vez no por tus ojos sino por los de ella. Desde que te fuiste no había pensado en los álbumes y los portarretratos que habían decorado nuestra antigua casa, porque dolía demasiado vernos sonriendo y sentirme ajena a esa felicidad. Sin embargo, la noche en que enterré a Kenia tuve la necesidad imperiosa de rescatar aquellos recuerdos: necesitaba verla de nuevo con vida aunque no fuese exactamente vida ni tampoco lo contrario. Necesitaba, del verbo querer, sumergirme en la imagen de su pasado, que me inundasen los ladridos de su voz en modo off de mi cabeza.

Lo que realmente daña de los muertos no es su ausencia, sino lo que no podemos recordar de ellos porque no ha existido.

En aquel momento, mientras pasaba fotografía tras fotografía, me lamentaba por no haberla llevado a correr por la sierra norteña; me sentí infinitamente culpable por el huesito de golosina que no le di cuatro semanas atrás porque ya había comido su pienso. Quise castigarme por ello, pero entendí que era absurdo.

El arrepentimiento existe porque desisten los errores, y nuestra condición de ser humano nos impulsa constantemente a ellos. Kenia jamás cometía ninguno, porque en su ser llevaba explícito la legitimidad de su especie, la soberana lealtad que portan en la sangre todos los perros y otros muchísimos animales. Ella, con sus ladridos de defensa y ataque, de reclamo y de alegría, correteaba por la casa sin más intención que la del desgaste físico, y si, en un despiste del movimiento de su cola lanzaba algún objeto de la mesita al suelo, no ocurría nada, porque no lo hacía adrede. La pena es que los dueños, siempre observando el comportamiento canino desde los confines de la etología, no sabemos identificar la ausencia total de maldad de nuestras mascotas. Ningún perro quiere dañar a su dueño; lamento no poder decir "viceversa". Todos hemos escuchado alguna vez historias atroces sobre el maltrato a los animales: siempre tan horribles, tan temblorosas, tan sucias, tan atroces... Tan humanas. Porque el especismo ha sido letal con el hombre y nos ha condenado a la guerra como modo de supervivencia.

Los animales no pueden imaginar ni siquiera el significado de la palabra guerra.

¿Te imaginas a Kenia ladrando? Sí, ¿verdad?, no hace tanto que te marchaste. Seguro que alguna vez has pensado en ella desde entonces. Ahora te invito a que lo hagas de nuevo, a que busques en los retazos de tu memoria su sonido, que imagines que, como tantas otras veces, estamos durmiendo un sábado por la mañana y ella, juguetona, se sube a acaparar las almohadas, a darnos lametones, a emitir leves gruñidos de reclamo. Puedo evocar cada uno de los movimientos que ella hace, el elevar de su pata, los remolinos que crea con la cola, la trufa negra olisqueando las sábanas. Si hoy fuese uno de esos días la llevaríamos a pasear, y después pararíamos en una terraza a tomar algo en este soleado Madrid y los camareros tendrían debilidad por ella y le traerían algún pedazo de comida. Kenia se sentaría sobre su miembro posterior y elevaría las patitas delanteras, con la cabeza rígida y las orejas clamando excitación.

A todo el mundo le hacía reír verla en esa postura; era imposible no romper a carcajadas contemplándola de ese modo. Tan inocente, tan graciosa. Ay, Kenia, que duro es comprender la trascendencia de una vida acortada en el tiempo.

Los dueños de mascotas no somos conscientes de que el tiempo no fluye igual para todos; los perros, en lugar de una línea recta con altibajos donde los años son algo eterno, viven en una especie de circunferencia con un punto de origen y otro final donde no distinguen el eterno retorno, regulada por el instinto, mucho más corta que la de un ser humano. Por eso, cuando ellos tienen 12 años, están llegando a una etapa crítica de su vida mientras nosotros estamos empezando a vivirla. Es complicado, porque cuando se trata de tu mascota, de Kenia, no es tan fácil de asumir que algún día habrá que enfrentarse a su agonía.

Los perros no saben que van a morir. Ni siquiera se les ocurre pensar que no vayan a ser inmortales.

El bulto en el pecho de Kenia creció un año después de que te marchases. Fue un domingo por la tarde cuando lo percibí, mientras, ambas tumbadas en el sofá viendo la película taciturna del fin de semana, acariciaba su cuerpo. Un relieve entre el fino pelaje llamó mi atención. Sentí un vuelco suave en el estómago, y me incorporé para observarlo. Kenia se estiraba un poco mientras yo trataba de visualizar el abultamiento, creía que yo jugaba, pero mis ojos estaban asustados. La mañana siguiente la pasamos en el veterinario (ya sé: siempre me reprochaste que solo faltase al trabajo por la perra y nunca si tú me lo pedías, pero espero que ahora lo comprendas). Laura, tras examinar el bulto, no tenía muy claro el diagnóstico. Podía ser una bola de grasa, o un golpe, o incluso un tumor, así que decidió realizar una biopsia y apoyar en algo firme su diagnóstico. De la anamnesis no sacó nada en claro, así que solo quedaba esperar con paciencia a la aspiración con aguja fina.

Cuando poco tiempo después el laboratorio emitió los resultados, Laura me hizo ir a verla a la consulta. El bulto de Kenia, por aquel entonces y en ese breve periodo de tiempo, había doblado ya su volumen. Yo ya había descartado el resto de posibilidades y asumía poco a poco que aquel crecimiento no podía ser más que patológico.

Cáncer de mama. Un tumor maligno que invadía de células horriblemente proliferativas todo su tejido glandular. Dolía solo escucharlo.

El crecimiento parecía inminente, y me aconsejó la cirugía para tratar, al menos, de controlarlo. Dije que sí sin pensarlo. Sabía que era una operación complicada y que Kenia pasaría mal el postoperatorio, pero debía asumir los riesgos de su convalecencia. Tenía que tratar de ayudarla, de salvarla.

Unos días después la operaron y volvió a casa donde la colmamos de mimos. Le di las albóndigas de pollo que tanto le gustaban, jugué con ella tanto como el cansancio le permitía y la miré tanto que creí desgastarme las pupilas.

Es increíble la resistencia de los animales. A los pocos días parecía estar como nueva. Mágicamente.

Yo, volcada en la felicidad de aquella mejoría, no podía estar más pletórica. Pensé incluso en llamarte para que vinieses a verla y pudiésemos pasearla juntos. Sin embargo, algo en mi interior

me dijo que las cosas debían seguir como hasta ahora. Yo cuidando de Kenia, Kenia cuidando de mí, tú cuidando de ti mismo.

Ahora quizás me arrepiento de no haberte telefoneado en aquel entonces, no por mí ni por ella, sino por los sentimientos que estarán invadiendo tus vísceras en estos momentos. Sé cuanto la has adorado siempre y, supongo, la noticia de su muerte debe haber removido el dolor de tu interior. Lo siento mucho, de verdad. Tan solo quería protegerme de ti. Espero que me comprendas.

Sin embargo se trataba de un tumor maligno y pronto volvió a proliferar entre el tejido alveolar de sus glándulas. Adenocarcinoma mamario dictaminaba su diagnóstico.

Tiempo después más bultos afloraron por su cuerpo y supimos que, una vez iniciada la metástasis, aquello resultaría incurable. Llegó un momento en que la perrita apenas comía, ni dormía, se arrastraba por la casa más que recorrerla y ni siquiera era capaz de exhalar ruido alguno que denotase, al menos, dolor. Sufría tantísimo que no me quedó más remedio: tuve que tomar la decisión más dura de mi existencia.

Laura y yo decidimos que Kenia debía morir un lunes. Es el día más odiado posiblemente, pero también el más necesario: ¿qué sería de nosotros sin un punto que determinase el comienzo de un nuevo periodo? Como te decía, los humanos vivimos en un eje real de tiempo, somos conscientes de que hay un origen y un punto de no retorno. Y el lunes es, sin lugar a dudas, el día más simbólico para el comienzo de algo nuevo.

La muerte inminente de Kenia era un motivo enorme de tristeza, pero también de alegría, porque se trataba, en realidad, de consumir un presente, de anudar ese hilo de pureza que nos enlaza con la naturaleza. Esa tristeza que había teñido de gris las paredes era, a fin de cuentas, una muestra de que algo bello había existido, de que los animales aún somos capaces de cuidarnos los unos a los otros. Y si yo lloré por nuestra perrita, si ahora, mientras lees las líneas que crea mi conciencia, tú también lloras, habrá merecido la pena todos estos años de ladridos.

Aquel lunes de hace apenas una semana (que lejano parece...) le dimos todos los caprichos que pudimos: jugamos con ella, comió un apetitoso y succulento plato de carne, respiró en tranquilidad, la brindamos de caricias y después, sobre su cama de mantas y peluches, Laura inyectó el barbitúrico que pondría fin a su vida.

Fue muy duro acariciarla mientras perdía la consciencia y, seguidamente, un paro cardíaco terminaba con la agonía. Justo antes de morir, entornó los ojos hacia mí y después los cerró para siempre. El silencio invadió la habitación y Laura me apretó la mano.

Kenia dijo adiós sin hacer ruido.

A estas alturas solo puedo pedirte que no la olvides, que llenes toda la memoria en la que aún me conservas de ella. Quiero que los recuerdos en los que yo aparezca, Kenia esté a mi lado, ladeando la lengua, moviendo en círculos el rabo. ¿Por qué? Pues porque, aunque resulte egoísta, quiero que cuando me evoques sea por añoranza, por felicidad, quiero que no dejes a un lado esa parte de tu vida que compartiste con nosotras. El tiempo de los ladridos. Las lunas de olor a pienso y nostalgia. El tacto suave de las caricias con que la rodeábamos.

Háblale de ella a los que formen parte ahora de tu vida: muchos te llamarán exagerado, ridículo e incluso estúpido (ya lo he vivido y, créeme, no hay mejor respuesta que una sonrisa indiferente). No les hagas caso: no entienden nada. No pueden comprender la magnitud de los sentimientos verdaderos. Porque si algo he aprendido con la muerte de Kenia y el estupor de sus últimos días es que el amor que surge entre un perro y un hombre es, sin duda, una de las relaciones más puras que existen. Como el decreto de vida que fluye por el cordón umbilical que une a una madre y un hijo. Lo que nos unía a Kenia y a mi estaba por encima de todo egoísmo. No es como cuando tú y yo nos queríamos: es algo mucho más natural y utópico. Es ese modo de querer sin pretender una respuesta, de amar sin preguntas, de amar con las heridas abiertas. Jamás reclamé un viceversa a Kenia. Yo la quería, buscaba su felicidad constantemente, y lo hacía por la inercia, sin tomar las decisiones porque no hacía falta. Simplemente no era capaz de plantearme ser la culpable de algún daño hacia ella.

Cuando quieres a un animal, lo haces sin recursos, sin la necesidad de un compromiso o de que dicho amor sea correspondido. Simplemente quieres sin preguntarte si merece la pena, porque la confianza está intrínsecamente en cada mirada de complicidad que los demás no entienden. Es el amor definitivo. Es el amor que solo pueden comprender las personas que lo han sentido y que, desde mi punto de vista, somos jodidamente afortunados.

Hoy no ha sido un buen lunes, pero por suerte los días malos siempre se acaban y los buenos siempre están por venir así que, a grandes rasgos, podemos decir que el balance no es del todo positivo pero puede al menos mejorar. No es optimismo sino realismo, y hay que aprender a no permitir que las circunstancias te hagan formar parte de esa espiral de tristeza en la que a veces se convierten. Hoy que hace una semana desde la muerte de Kenia, voy a llorar de felicidad. En un recoveco del jardín, evocando el rigor mortis más extenso, yace preciosa, con los ojos cerrados y la sonrisa inexistente bien diferenciada. La causa fue un colapso funcional provocado por la eutanasia que le inyectamos cuando el dolor le hacía imposible la supervivencia. Por el tumor mamario con el que convivía, o el tiempo quizás, o ese carcinógeno indoloro que resulta ser a veces la vida. No importa, porque la etiología de la mortalidad, al final, carece de importancia cuando el amor y la nostalgia recuperan el protagonismo arrebatado inicialmente por la ne. Por eso te recuerdo esta utopía que Kenia creó en nuestras vidas. Este cordón umbilical que nos unía a los tres.

Lamento que hayas recibido la noticia de este modo, por un trozo de papel y no una visita o una llamada telefónica. Lo siento, de verdad, pero no creo que fuese a tener fuerzas de afrontar su ausencia frente a ti. Volver a tener tu presencia sin sus ladridos resultaría demasiado insoportable. Cuando te marchaste, fue con ella con quien aprendí a ser fuerte, y esa lección de ética propia es algo que aún permanece, perenne, en mí. Que convivirá conmigo para siempre.

Una semana, sí, desde que el eco de sus huellas por la casa ya no se encuentran conmigo. Aun así, sonrío: espero que lo comprendas.

Seguro que ella lo hace.

Autora (seudónimo): *Filaria*